

la vida. Muchas de estas laboriosas compañeras se han encontrado reproducidas en las mastabas, en pequeñas figurillas de madera, representándolas en el acto de moler el grano, de amasar el pan ó lavar la ropa, permitiéndonos apreciar la participación que tuvieron en la vida doméstica del pueblo faraónico durante el tercer milenario antes de Jesucristo.

RESUMEN.— El arte empieza en Egipto mucho antes de la instauración dinástica de los faraones en la vieja capital, que es Menfis, en el Delta del Nilo. El arte pre-faraónico tiene muchos puntos de contacto con el del imperio caldeo primitivo. Hacia el año 4000 antes de Jesucristo, las primeras dinastías construyen en el Delta los sepulcros gigantescos de los faraones, de que son un elemento las pirámides. No tenemos restos de otros templos que los emplazados al pie de las pirámides, destinados al culto del faraón divinizado. No existen tampoco, de este antiguo Egipto de las primeras dinastías, restos de edificios civiles, ni el palacio real, ni la casa, que tenemos que restaurar idealmente por las representaciones en relieve de las tumbas. El sepulcro es el edificio más importante, la única obra monumental. Los faraones están enterrados en el seno de la pirámide, escondida la momia al extremo de largos corredores. Los grandes personajes y príncipes tienen un tipo de sepultura más sencillo, que es la *mastaba*, pequeña construcción baja con las paredes inclinadas y una cámara reducida, donde el difunto está representado. La momia se halla escondida en un pozo cuya entrada también se ha disimulado.

La pintura sirve para la decoración de estos relieves y cámaras funerarias. En escultura podemos admirar, como obra de gigantescas dimensiones, la esfinge de la llanura de Menfis. Innumerables estatuas encontradas en las tumbas, son retratos que deben perpetuar la figura del difunto con una inmortalidad material.

BIBLIOGRAFÍA.— Sobre los orígenes del arte en Egipto. CAPART: *Les debuts de l'art en Egypte*. AMELINEAU: *Les nouvelles fouilles d'Abydos*, 1897. FLINDERS PETRIE: *Memphis Abydos*, 1902-1903. J. DE MORGAN: *Recherches sur les origines de l'Egypte*, 1896.— GARSTANG: *The burial customs of ancient Egypte*.— BORCHARDT: *Das Pyramidenfeld von Abusir*, 1907, y *Die Pyramiden*, 1911. Un buen manual es el de MASPERO: *L'archeologie égyptienne*, última edición de 1907, y su *Histoire ancienne des peuples de l'Orient*, 1899.



Fig. 85.— Cabeza de un sacerdote de las primeras dinastías.
(*Egypt Exploration Fund*)



Fig. 86.— Colosos de Amenofis II, llamados de Memnón. TEBAS.

CAPÍTULO IV

EL ARTE DE LAS DINASTÍAS TEBANAS.— LOS SANTUARIOS DE LA CAPITAL.
LA ESCULTURA Y LA PINTURA.

El Egipto fué, de todos los grandes imperios de la antigüedad, el primero que llegó á la madurez. El imperio caldeo, que históricamente le precede, no salió del radio de acción de la Baja Mesopotamia hasta más tarde.

Si en las esculturas y monumentos de las primeras dinastías, hemos visto al Egipto esforzarse para constituir la sorprendente civilización contemporánea de las pirámides, habremos de verle ahora en la apoteosis de un imperio agresivo, con sus magníficos templos, su nuevo culto y sus elementos civiles y religiosos, organizados con plena conciencia de su grandeza nacional.

Las pirámides de las necrópolis de las primeras dinastías y sus templos adyacentes de los faraones divinizados, eran manifestaciones del culto personal del soberano, pero no verdaderos santuarios nacionales consagrados á una divinidad superior.

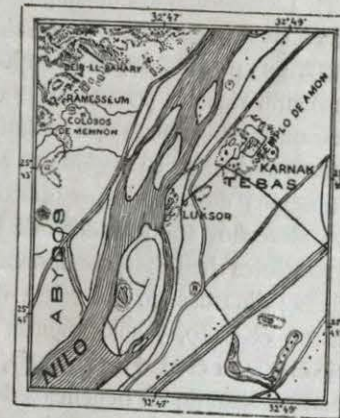


Fig. 87.— Emplazamiento de los templos y la necrópolis de Tebas.



Fig. 88.—Excavaciones del templo-sepulcro de Mentuhotep, el primer faraón tebanos.

Durante el período de las dinastías tebanas, el templo tendrá más importancia que la tumba; el faraón no será más que el hijo de Amón, el poderoso, el verdadero, el omnipotente padre del cielo y de la tierra. Para Amón, el dios principal del panteón egipcio, se levantarán en Tebas los más colosales edificios religiosos del valle del Nilo, los mayores que haya construido la humanidad, sólo comparables con las antiguas pirámides de las primeras dinastías que tuvieron en Menfis su capital.

La organización del imperio egipcio conservaba una sombra de independencia á las provincias ó *nomos*, subsistentes después de la primitiva distribución de las tribus prehistóricas á lo largo del Nilo. Este régimen feudal tenía la ventaja de procurar siempre pretendientes enérgicos y ambiciosos cuando las familias de los faraones se agotaban con las fatigas y el goce del poder. Pero los nuevos usurpadores afirmaban en seguida su situación, contrayendo alianzas con los legítimos príncipes destronados, y ponían empeño en demostrar la segura posesión de su derecho, apoderándose de la capital y recabando el reconocimiento de los sacerdotes de Tebas, omnipotentes durante largos siglos. De aquí que la sucesión de las dinastías no fué causa de grandes variaciones en el régimen del Estado, ni en el culto, y sólo algunas veces, provisionalmente, nuevos faraones, fanáticos por su ciudad ó provincia, tenían empeño en trasladar á ella la capitalidad para procurarles los beneficios de la corte. Tebas y sus dioses quedaban por algún tiempo en segundo lugar; pero fuera de estas cortas interrupciones, durante los dos mil años que van de la 11.^a á la 25.^a dinastía, Amón-Ra, el gran dios tebanos,

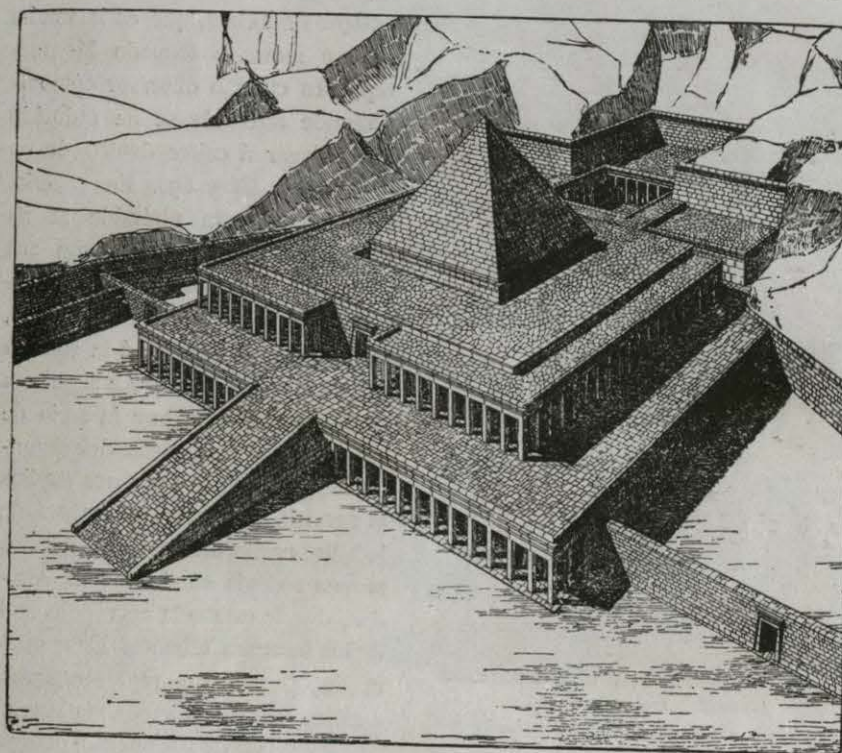


Fig. 89.—Restauración del templo-sepulcro de Mentuhotep. (Excavaciones del *Egypt Exploration Fund*, 1907-1909.)

mereció los honores del culto predilecto, en sus templos magníficos de la orilla izquierda del Nilo.

Se ha dicho que «remontando el Nilo se desciende en el curso de la historia»; esto es, que á medida que se sube la corriente de las aguas del gran río de Egipto, nos vamos acercando á nuestros tiempos y disminuye la antigüedad de los monumentos que encontramos. Así, por ejemplo, cerca de la desembocadura recibe el viajero la impresión de las ruinas de la antigua capital con las pirámides, y esta civilización de los faraones constructores de pirámides se ve desfilar en las dos riberas del río, hasta que más arriba se encuentran ya los templos y santuarios del segundo imperio egipcio, que tenía en Tebas la capital. El gobierno se trasladó al valle superior del Nilo, en la 11.^a dinastía, pero el llano de Tebas debía ser un lugar sagrado desde los tiempos prefaraónicos. Allí han aparecido principalmente las tumbas de los primeros conquistadores orientales, y allí la tradición colocaba una tumba de Osiris, que Amelineau ha creído descubrir últimamente, y que es del mismo tipo que la tumba arcaica de Menes, encontrada por Morgan, de que hablamos en el capítulo anterior.

Trasladada á Tebas la corte, los sepulcros faraónicos recordaron durante algún tiempo en su construcción la forma de la pirámide, pero sólo como un símbolo, para manifestar la calidad de la sepultura. Estos dos últimos años ha sido excavado por el *Egypt Exploration Fund* el monumento faraónico más



Fig. 90. — Acantilado de Abydos, donde están las tumbas reales de Tebas. (Al pie, el templo de *Deir-el-Bahari*.)

el suelo de este nuevo Escorial del Egipto es un terreno de aluvión que no tenía las condiciones de resistencia de la roca calcárea de Gizeh, cerca de Menfis.

La pirámide del sepulcro de Mentuetep ya no sirve de túmulo para el sepulcro, la cámara funeraria no está dentro de ella, el macizo de la pirámide ha sido perforado en todas direcciones sin encontrar huella de sepultura. Era una pirámide honoraria, un elemento puramente ritual ó decorativo del sepulcro. La verdadera tumba está excavada en la roca de la montaña próxima, así como las cámaras de los sarcófagos de varias princesas reales de la familia, que acompañaban á Mentuetep en la otra vida. El templo con una serie de naves, de pilares cuadrados, como los del templo llamado *de la Esfinge*, de la pirámide de Micerino, rodea los cuatro lados del túmulo simbólico que se levanta todavía con la forma de los antiguos sepulcros faraónicos, tradicionales del primer imperio egipcio.

El uso de estas pirámides honoríficas se prolongó por bastante tiempo, y alguno de los faraones tebanos, además del monumento sepulcral del nuevo tipo, que se alzaba en la llanura de Tebas, se hacía construir en el Bajo Egipto una pirámide en la que nunca debía ser enterrado.

Finalmente, los faraones renunciaron por completo al elemento tradicional de la pirámide y labraron sus hipogeos en las grietas de la montaña; la quebradura del valle en Abydos se prestaba admirablemente para disimular en su acantilado la entrada de los corredores funerarios, y el macizo de la sierra era preferible á la costosa montaña artificial que representaba la pirámide (fig. 90). La pirámide vino á ser substituída por la montaña natural, y el templo quedó

antiguo de Tebas, que es la tumba de un monarca llamado Mentuetep, y es curioso observar cómo la pirámide atrofiada se ha reducido hasta llegar á caber dentro de un patio (figs. 88 y 89). En cambio, el templo de la pirámide se ha desarrollado, y la rodea con sus pórticos y salas por sus cuatro costados, en lugar de estar á su pie, en uno de sus lados y á la sombra del túmulo gigantesco. La sepultura de Mentuetep inaugura la serie de los sepulcros faraónicos del segundo imperio egipcio; ella nos explica el servicio de ciertas pirámides de ladrillo, cuyos núcleos desfigurados se ven todavía en el llano de Abydos, donde estaba la necrópolis real de los faraones tebanos. Estas pirámides, puramente representativas, estaban sobre una ancha plataforma que les servía de basamento, porque

á lo lejos, al pie del valle, sin ninguna comunicación con la sepultura. Es más; ésta se disimulaba escondiendo la entrada con rocas superpuestas; nadie conocería en las grietas de Abydos que ellas son el ingreso de los corredores magníficos de las tumbas reales. Así y todo, la mayoría de los sepulcros de los faraones fueron violados desde la antigüedad, pues los turistas del tiempo de Herodoto visitaban algunos ya vacíos; los sarcófagos habían sido levantados por los sacerdotes y encerrados sin pompa alguna en el mayor desorden, confundidos reyes y reinas en una tumba secreta, donde los halló intactos Maspero, llevando cada sarcófago todavía legibles las actas oficiales de la traslación.



Fig. 91. — Pórtico de *Deir-el-Bahari*. Templo-sepulcro de la reina Hatasú.

Las tumbas de la necrópolis de Tebas demuestran, sin embargo, el mismo empeño que ya hemos visto en las pirámides de preservar á toda costa el cadáver de su total aniquilamiento. En el seno de la montaña se suceden las galerías y las salas que debe habitar el *double* ó fantasma del difunto, con las paredes decoradas de pinturas, reproduciendo asuntos determinados: escenas de la vida terrestre, viaje del alma á los infiernos, juicio de Osiris, etc., etc. Los corredores, tanto más largos y profundos cuanto más importante era la tumba, están á veces interrumpidos por pozos, en los que se ha disimulado la abertura que debe conducir á la cámara funeraria. Antes de llegar á ella, una falsa tumba, con un sarcófago monumental abierto, puede hacer creer que la momia ha sido levantada y que la sepultura está vacía... Hay que golpear en las paredes hasta percibir el sonido hueco que delata la prolongación de los corredores; hay que atravesar una nueva serie de cámaras y vencer no pocas dificultades para llegar á la verdadera tumba, con un segundo sarcófago, generalmente de madera, que contiene la momia real. Vemos, pues, que los corredores están aquí dispuestos en el seno de la montaña con el mismo método é igual previsión que en el macizo de las pirámides. El concepto del ritual mortuorio es el mismo, lo único que ha variado es el tipo arquitectónico del monumento.

Todas estas sepulturas excavadas en la muralla rocosa de Abydos, no forman más que el primer elemento de la sepultura faraónica; en el llano, cerca

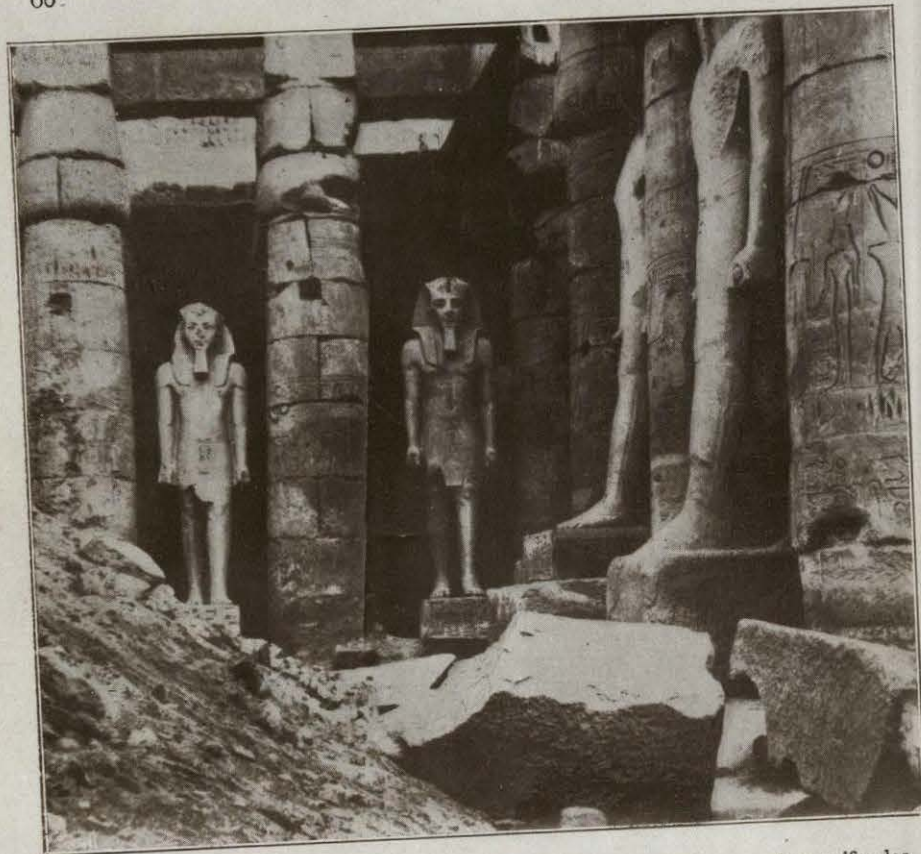


Fig. 92.—Aspecto actual del *Rameseum*, que da idea de los trabajos de desescombro verificados.

del río, como ya hemos dicho, es donde se encuentran los templos del faraón divinizado, lugares más accesibles en que tenían lugar las brillantes ceremonias funerarias, y que corresponden á los templos del pie de las pirámides. La desierta llanura que se extiende desde la pendiente de la montaña hasta el río, está sembrada de las descomunales ruinas de estos panteones reales. A veces sólo quedan en pie un pilono ó las columnas solitarias de la sala hipóstila, ó las figuras sentadas del faraón, como las estatuas famosísimas de Amenofis II, llamadas por Herodoto los colosos de Memnón (fig. 86), que estaban solitarios cuando él los visitó, habiendo desaparecido ya todo rastro del templo que se extendía á su alrededor.

De estos panteones faraónicos, el más singular, cuya excavación ha causado grandes sorpresas, es el palacio y tumba de la famosa regente Hatasú, en la ladera misma de la montaña. Este edificio, que lleva hoy el nombre árabe de Deir-el-Bahari, ó convento del Norte, ha sido explorado también por el *Egypt Exploration Fund*, hallando en él una cantidad considerable de esculturas y relieves. Su disposición constituye verdaderamente una novedad; no se despliega en patios sucesivos, como los demás templos egipcios, sino que aprovechando las cortaduras del terreno se levanta á distintos niveles en una serie de terrazas, rodeadas de columnatas que sirven de pórtico á las capillas abiertas en la roca.

Las columnas con facetas tienen una elegancia de proporciones y una sencillez casi helénicas (figs. 90 y 91).

Se asciende á las terrazas por escaleras monumentales; los pórticos de Deir-el-Bahari debían preservar también de la luz y del calor las habitaciones destinadas á la gran regente, quien hizo perpetuar en los antepechos de las barandas de las terrazas, las campañas victoriosas de sus generales y aun de ella misma, cuando, con aspecto masculino, combatió al lado de su padre el dios Amón. Están descritas también, en estas terrazas, las aventuras curiosas de sus almirantes, que por encargo de Hatasú exploraron la costa de Africa en un largo periplo en busca del árbol del incienso, que llegaba hasta entonces impuro al través de los pueblos africanos del Sudán y de la Nubia, por la vía de las caravanas.

Más abajo, en el llano, existe el templo de Ramsés II, llamado hoy de nuevo *el Rameseum*, pero que los griegos conocían con el nombre de *tumba de Osimandias*. Aun equivocada esta atribución, demuestra que persistía el recuerdo del primitivo carácter funerario del edificio; por lo demás, todo en este monumento está lleno del recuerdo de Ramsés II, el gran conquistador; en los relieves labrados en el muro parece vivir y respirar aún, agitado en los combates, ó majestuoso y terrible cuando levanta la mano sobre la cabeza de los vencidos (figs. 92 y 99).

A veces, en un mismo templo, se asocian los cultos del padre y del hijo, como sucede en el de Gourna, comenzado por Ramsés I, el glorioso fundador de la 19.^a dinastía, continuado por Seti I y concluído probablemente por su nieto Ramsés II. Pero, por lo general, estos monumentos funerarios fueron la obra de un solo reinado, concluídos á lo más por la piedad filial del sucesor. La disposición de estos templos funerarios, á excepción del hipogeo primitivo de Mentuetep y de la original construcción de la reina Hatasú, es siempre del mismo tipo, y muy semejantes en la ordenación de sus elementos á la de los edificios religiosos del otro lado del valle, que no tenían este carácter personalísimo de haber sido construídos para la glorificación de uno ó dos monarcas. Este mismo carácter personal explica el abandono y la destrucción á que debían quedar condenados, por fuerza, estos monumentos, desaparecido el culto que habían de prestarles sólo sus sucesores de la misma dinastía.

En cambio, los templos del otro lado del Nilo, llamados Karnak y Luxor, se encuentran mucho mejor conservados. Ellos son la obra sucesiva de todos los faraones. Ambos templos estaban dedicados á Amón y reunidos en la antigüedad por una avenida monumental de la que se pueden reconocer los rastros

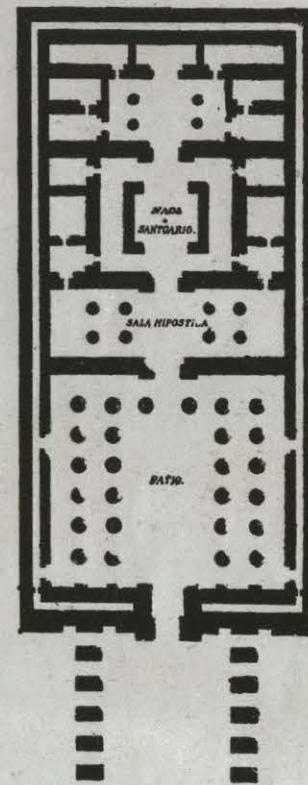


Fig. 93.—Planta esquemática de un templo egipcio.

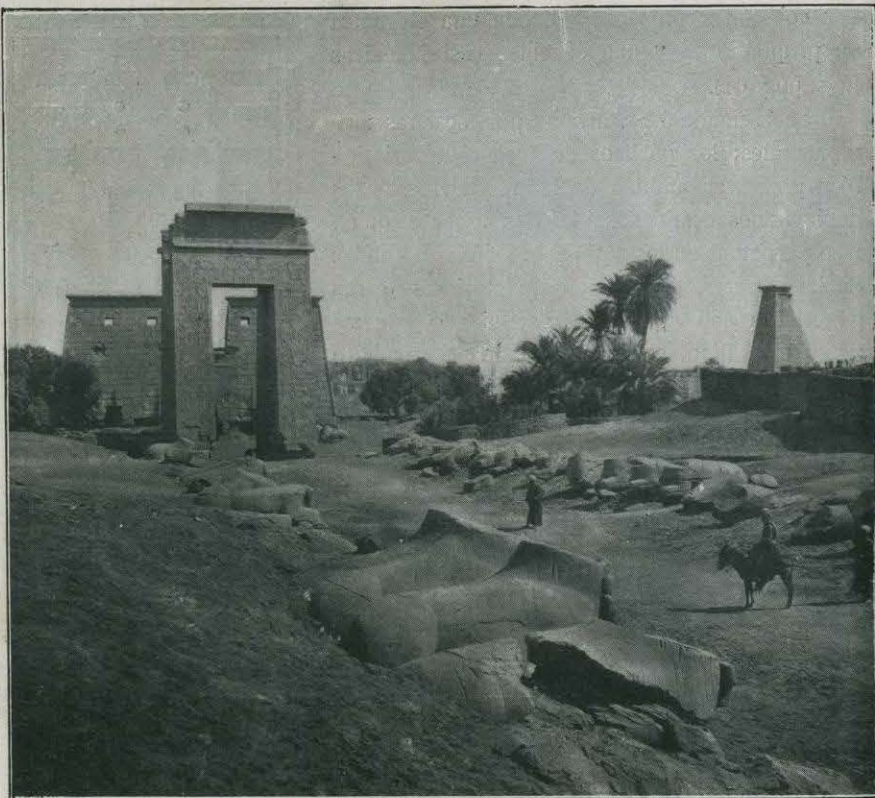


Fig. 94.—Templo de Karnak, TEBAS. Dromos ó avenida de esfinges, que estaban sepultadas en la arena antes de los recientes trabajos de excavación.

en la llanura. Porque la ciudad populosa, la Tebas *de cien puertas*, dentro de la que estaban englobados, ha desaparecido. Hoy se levantan solitarios en la llanura de aluvión que se extiende á la izquierda del río, en un desierto de ruinas que sólo cruzan las caravanas de viajeros cuyo albergue son los hoteles que se han levantado al pie de los muros de Luxor. Para construir el núcleo principal de estos dos templos de Tebas, de Luxor y de Karnak, con sus salas hipóstilas y pylonos, fueron necesarios todo el poder y las riquezas de los grandes príncipes conquistadores del Asia. Más tarde, hasta los faraones helénicos, ó Tolomeos, y los emperadores romanos, difícilmente encontraríamos un solo señor de Egipto que no haya tenido empeño en agregar un nuevo elemento ó una nueva sala á los edificios religiosos de la antigua Tebas. Uno de ellos enriquece el patio ya construído con una nueva fila de columnas; otro se contenta decorando el antiguo con las finas agujas de dos obeliscos.

En cada época de prosperidad se restauran los desastres causados por las anteriores invasiones ó guerras civiles, y hasta durante las invasiones, los mismos dominadores extranjeros, como los persas, no pueden desvanecer la sugestión formidable que les producían los templos tebanos y muestran especial empeño en grabar sus nombres bárbaros al lado del de los fundadores nacionales. La historia de estos edificios es el resumen monumental de la historia del



Fig. 95.—Templo de Luxor, TEBAS, sepultado en las arenas antes de las últimas excavaciones.

Egipto. Ellos fueron los verdaderos centros de la actividad religiosa y política del imperio tebano. Para erigirlos aplicaron los faraones todos sus esfuerzos, dejando en segundo lugar la que había sido obra predilecta de las primeras dinastías, las tumbas reales.

Tan complejo resulta así el edificio, en virtud de estas nuevas construcciones y embellecimientos posteriores, que después se hace casi imposible para el arqueólogo que estudia sus ruinas, eliminar lo accesorio, reduciendo aquel conjunto de patios y salas á los elementos primitivos de un templo egipcio. Esta dificultad de describir un templo egipcio ya la notaron los polígrafos griegos, como Herodoto y Estrabón, que querían dar á su público helénico una idea simple para explicarles la traza y distribución de aquellos monumentos. Demasiado abreviados y reducidos sus servicios tal como ellos los describen, sin embargo, sus textos son preciosos, porque nos aclaran y facilitan el análisis del templo en su múltiple complejidad; los nombres griegos de pylonos, salas hipóstilas y obeliscos, que ellos aplicaron, son todavía los que usamos nosotros.

De todos modos, un templo egipcio está siempre formado de los siguientes elementos (fig. 93): se llega á él por la avenida de esfinges (fig. 94), hasta dar con el primer pylon; atravesada la puerta se encuentra un primer patio, lugar público